

La Calidad: más complicada que nunca

LIZ REISBERG

Liz Reisberg es consultora en educación superior de Reisberg & Associates. E-mail: reisberg@gmail.com.

La educación de calidad solía ser tan sencillo: seleccionar cuidadosamente los estudiantes calificados, entregarles contenido en un área académica y otorgar un diploma para reflejar un nivel adecuado de conocimiento y desempeño. Las realidades cambiantes han oscurecido el significado y la medida de la calidad.

Los ratios brutos de la matrícula han aumentado en casi todas partes. Aun cuando esto es algo bueno para los países desarrollados y en desarrollo por igual, la expansión de la matrícula inevitablemente significa matricular estudiantes con una muy variada preparación previa. En la mayoría de los casos, las universidades se enfrentan a brechas inmensas en el conocimiento y competencias, lo cual impide el éxito académico. Las instituciones deben asignar recursos para programas de nivelación, de promesa limitada debido a que las deficiencias acumuladas durante 12 años no se remedian fácilmente; tener menores expectativas de su desempeño; o aceptar altas tasas de deserción. Cada estrategia tiene sus implicancias para la calidad institucional.

Las presiones financieras sobre la educación superior van en aumento. Allí donde la educación superior se entrega en instituciones públicas a bajo o ningún costo, la capacidad de matrícula es limitada. Esto ha llevado a la expansión de un sector privado “absorbente de la demanda” y un creciente sub-sector con fines de lucro. Las instituciones privadas dependen de los aranceles pagados por los estudiantes y sus familias. La necesidad de llenar las salas de clase para cubrir los costos o (frecuentemente) generar las utilidades, arriesga comprometer la calidad tanto de los estudiantes como su formación por el interés en los objetivos financieros.

Como las cualidades internacionales se han convertido en un factor para cómo se perciben y comparan las instituciones, muchas universidades toman atajos, pagando a terceros para potenciar su dimensión internacional y generar resultados rápidos. La mayor matrícula internacional también se ha convertido en una fuente importante de ingreso. Permitir a terceros jugar un papel significativo en la gestión institucional abrió la puerta a actividades por debajo de los estándares y poco éticas.

El propósito de la educación superior también se ha hecho más confuso. Existe una expectativa creciente de que la educación universitaria es garantía de empleo futuro y que si un graduado universitario está desempleado, la educación entregada fue de mala calidad.

Las universidades están bajo presión para generar más investigación a fin de mejorar su posición en los rankings internacionales, al tiempo que se impulsa a los profesores a demostrar un impacto en los estudiantes a través de “resultados del aprendizaje” claramente definidos. La mayor presión sobre los docentes coincide con menos cargos titulares o seguros, más profesores a tiempo-parcial y una infraestructura limitada para ayudar a desarrollar la capacidad de cumplir con estas mayores expectativas.

Entonces, persiste la pregunta: ¿qué es la calidad universitaria? ¿Debiera esperarse que todas las instituciones matriculen un cuerpo estudiantil diverso, asegurar que todos se eleven a un nivel comparable de desempeño, mientras que los docentes generan publicaciones internacionalmente indexadas, aseguran los resultados del aprendizaje y aseguran empleo para todos los graduados, todo esto con un menor presupuesto? Al igual que siempre, la calidad significa distintas cosas para distintas personas. Las realidades complejas alrededor de la educación superior de hoy exigen elaborar una justificación cada vez más sólida para alinear las medidas de calidad con la misión institucional. Si las universidades han de producir “calidad”, sea cómo ésta se defina, entonces los políticos, empleadores y padres debieran criticar menos y asumir alguna responsabilidad por el financiamiento, o de otro modo apoyar los medios necesarios para cumplir con sus expectativas. ■

Algunos desafíos no-pecuniarios para las universidades de investigación

HENRY ROSOVSKY

Henry Rosovsky es Profesor Emérito de Geyser University y anterior Decano de la Facultad de Artes y Ciencias, Harvard University. E-mail: henry_rosovsky@harvard.edu.